

Ecos políticos y poéticos del viaje de Juan Ramón Jiménez a Sudamérica en la prensa argentina, uruguaya y española (1948)

Political and Poetic Echoes of Juan Ramón Jiménez's Trip to South America in the Argentine, Uruguayan and Spanish Press (1948)

Soledad González Ródenas

Investigadora independiente

ORCID: 0000-0003-1760-0099

Date of reception: 16/07/2024. **Date of acceptance:** 24/10/2024.

Citation: González Ródenas, Soledad. "Ecos políticos y poéticos del viaje de Juan Ramón Jiménez a Sudamérica en la prensa argentina, uruguaya y española (1948)". *Revista Letral*, n.º 35, 2025, pp. 5-31. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi35.31291>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

RESUMEN

La difusión en la prensa que tuvo el viaje de Juan Ramón Jiménez a Argentina y Uruguay en 1948 fue enorme y adquirió connotaciones que llegaron mucho más allá de los asuntos meramente literarios, para convertirse en un reflejo de una situación política en la que se entrecruzan el principio del Plan Marshall con la llamada Guerra Fría; los movimientos antifascistas y anticomunistas; y la alianza del peronismo con el franquismo, en una tierra de acogida para los exiliados republicanos españoles. Lejos de eludir el compromiso político, el poeta realizó importantes declaraciones públicas que suscitaron muy distintas reacciones en España y Sudamérica.

Palabras clave: Juan Ramón Jiménez; prensa; política poética; Argentina y Uruguay.

ABSTRACT

The press coverage of Juan Ramón Jiménez's trip to Argentina and Uruguay in 1948 was enormous and acquired connotations that went far beyond the purely literary, to become a reflection of a political situation in which the beginning of the Marshall Plan intersected with the so-called Cold War; the anti-fascist and anti-communist movements; and the alliance of Peronism with Francoism, in a welcoming land for Spanish Republican exiles. Far from shying away from his political commitment, the poet made important public statements that provoked very different reactions in Spain and South America.

Keywords: Juan Ramón Jiménez; press; poetic politics; Argentina and Uruguay.



Si valoramos la magnitud de un acontecimiento por la relevancia que los medios de comunicación de masas le conceden, habremos de comenzar diciendo que la visita de Juan Ramón Jiménez a la Argentina y Uruguay entre agosto y noviembre de 1948 fue un evento de primer orden, al que no se escatimó una línea en la prensa de los países mencionados ni, por extensión, en la española. Será la misma Zenobia la que deje constancia en las cartas que escribe desde Buenos Aires y Montevideo de la avalancha de noticias, crónicas, comentarios, entrevistas y hasta emisiones radiofónicas, que ya desde antes de su llegada se habían difundido, al punto de afirmar el cinco de agosto, un día después de desembarcar en la capital rioplatense: “Sólo desde nuestra llegada el miércoles tenemos ciento cinco artículos, sin contar la radio” (Camprubí, *Epistolario III* 778)¹. A lo que añadirá el día seis: “Hay periódicos para que se le suba a J. R. [la celebridad] a la cabeza durante el resto de nuestras vidas” (780). Mes y medio más tarde aventurará la que, sin duda, iba a ser su única actividad en el viaje de retorno a Estados Unidos: “Tenemos una cantidad de periódicos espantosa y pensamos dedicarnos en los veintidós días de travesía a la tijera” (Camprubí, *Epistolario I* 706). No exageraba, y basta revisar los archivos del matrimonio, actualmente conservados en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, para dar fe de este hecho². Se reúnen allí en cinco carpetas numerosísimos recortes de prensa, la mayor parte de ellos pegados en folios³ –amén de otros muchos repartidos en distintos sobres–, que testimonian la enorme repercusión de su visita, tan desacostumbrada en el caso de un poeta, pues suelen reservarse tales agasajos para líderes políticos o glamurosas estrellas musicales y cinematográficas. Bromeará

¹ Esta información la repetirá ampliada en una carta a Juan Guerrero datada el nueve de agosto: “Van ya ciento cinco artículos de periódico, sin contar gacetas, anuncios y radios. Pero J. R., como siempre, de lo que más entusiasmado está es de toda esta juventud exuberante con sus libros, sus poemas a máquina, sus proyectos poéticos desorbitados” (Camprubí, *Epistolario I* 698).

² La mayor parte de ellos se reúnen en las carpetas referenciadas como “Documentos para la biografía de J. R. J. Viaje a la Argentina. Recortes”. Ángel Manuel Aguirre dio en 1969 noticia de la existencia de estos fondos y, a partir de ellos, reconstruyó en su artículo “Viaje de Juan Ramón Jiménez a la Argentina” los actos más importantes a los que asistió el poeta. Otros testimonios pueden encontrarse de manera dispersa, principalmente en la carpeta: “136. Críticos. La Argentina. Documentos para una biografía de J. R. J.”

³ Esta circunstancia impide en muchas ocasiones conocer la procedencia exacta de los recortes, pues no se especifica.

Zenobia al respecto, afirmando con innegable sorna: “El éxito es contagioso y J. R. ha llegado a ser una mezcla entre Gandhi y Frank Sinatra. Los niños en las escuelas ponen flores a sus pies y las señoras lo abrazan y besan con arrebatos de éxtasis” (Camprubí, *Epistolario III* 786). “Somos tan famosos –añadirá–, gracias a los periódicos, las revistas y la radio, que *todo el mundo* sabe que estamos aquí” (788), “hasta las ratas del muelle” (811).

Cabe preguntarse cuáles fueron las razones de tan profusa y anómala resonancia, teniendo en cuenta la actitud reacia a la actividad y al homenaje público que constituían un hábito y formaban parte de la idiosincrasia de un poeta como Juan Ramón Jiménez, abocado al trabajo en soledad, tan lejos de cenáculos literarios como de exhibiciones multitudinarias. Resulta muy llamativo el repertorio fotográfico que acompaña a cuanto se publica sobre sus actividades, pues será frecuente verlo a pie de calle, siempre rodeado de jóvenes, escolares o distintas autoridades, profesores, escritores, artistas y gentes de toda índole. Y para comprender este cambio, hemos de contextualizar las circunstancias personales e históricas que rodearon este viaje.

En primer lugar, debe considerarse que desde 1939 Juan Ramón, con la excepción de la *Segunda antología poética* –que seguía publicándose en España sin su consentimiento (González Ródenas 28-29)– había pactado con Gonzalo Losada la reedición de su obra posterior a 1913 en Argentina, en especial la de *Platero y yo* y las traducciones de Tagore, firmadas por Zenobia, que reportaban al matrimonio una fuente económica indispensable para su sustento. Recibían por ello una cantidad fija mensual que no sabían hasta qué punto se correspondía con la que en verdad les pertenecía y Zenobia, en particular, andaba muy descontenta con las liquidaciones impuntuales y poco claras de sus traducciones, pues debía rendir cuentas regularmente a Macmillan, gestora de las regalías de Tagore. Se hacía necesario un contacto más directo con los administradores de la editorial Losada y se habían planteado en distintas ocasiones realizar un viaje a Argentina, viaje que se vio aplazado unas veces por la mala salud de Juan Ramón y otras por el comienzo de la Segunda Guerra Mundial o por la irregularidad de sus pasaportes diplomáticos republicanos, que desde 1939 habían perdido validez. En 1948, subsanados en gran medida estos problemas, decidieron aceptar la invitación que Sara Durán de Ortiz Basualdo, presidenta de la revista *Los Anales de Buenos Aires*, ofreció al poeta para pronunciar una serie de conferencias en la capital argentina, que se

harían extensibles a otros puntos del país, a Uruguay y tal vez a Chile, aunque esto último no llegó a producirse. Así pues, aprovecharon las vacaciones académicas de la Universidad de Maryland, en la cual ambos impartían clases, con la intención de pasar un mes en Argentina, aunque su estancia se prolongó más de tres, desde el 4 de agosto en que arribaron a Puerto Madero a bordo del Río Juramento, al 12 de noviembre, día en el que partieron con destino a Nueva York en el vapor Uruguay.

Sin duda, el hecho de que Sara Durán fuera su anfitriona condicionó la relevancia que se dio al evento, pues decidió ésta aprovechar el renombre y la popularidad que había alcanzado el poeta gracias a *Platero*, entonces lectura prescriptiva en todas las escuelas del país, para convertir la visita en un rentable negocio. Era indispensable, por tanto, asegurarse una gran difusión en los medios de la época y así lo procuró, empezando por los propios *Anales*, que dedicó un monográfico al moguerense dirigido por Jorge Luis Borges. En él aparecieron artículos de Guillermo de Torre, Ricardo Molinari, Alejandro Casona, Carlos Mastronardi, Rafael Alberti y Rosa Chacel, amén del poema “Espacio. Fundición” del propio Juan Ramón. En el mismo número se anunciaba el programa con las conferencias que pronunciaría en Buenos Aires y se insertaba una parte del catálogo de Losada, donde figuraban los títulos que el poeta había publicado, así como los de las traducciones de Tagore.

Para disgusto de Juan Ramón, sus conferencias se programaron en teatros de gran aforo –el Politeama de Buenos Aires o el Solís de Montevideo– a los que sólo se podía acceder previo pago de una cuantiosa entrada. Hasta principios de septiembre el poeta estuvo sujeto a un contrato que le impedía hacer cualquier manifestación pública, si no era con el previo consentimiento de Sara Durán y, del mismo modo, tuvo que adaptar los títulos de sus conferencias –o cambiarlas– a petición de la misma, que no deseaba entrar en conflicto con el gobierno de Perón en un momento muy delicado para tratar temas de índole social y política. Juan Ramón no gustaba de hacer lecturas de sus poemas o a hablar de su propia obra y prefería, como ya había hecho en las conferencias que había pronunciado en Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos, disertar sobre lo que llamaba “Política poética”⁴. Exiliado tras el comienzo de la Guerra Civil y llevado

⁴ “Política poética” fue el título que el poeta dio a su primera conferencia, más tarde titulada “El trabajo gustoso”, compuesta para ser pronunciada el 15 de

por los graves y tristes acontecimientos que se sucedieron, había decidido iniciar su labor como conferenciante, pero no con la intención de difundir sus versos, sino con la de contribuir, desde su condición de poeta, a una revalorización del componente espiritual de la existencia que frenara la progresiva deshumanización que estaban provocando los avances tecnológicos, el materialismo económico y la desmedida ambición política de las ideologías extremistas, se llamaran éstas fascismo, comunismo o capitalismo. En la carta que remite a Sara Durán el 8 de junio de 1948, anuncia:

Mis conferencias, que responden al concepto de *Conferencia sobre poesía y vida*, como le dije, llevan el título jeneral de *Política poética*, y sus subtítulos y orden son así:

1. – Democracia y aristocracia.
2. – Límite del progreso⁵.
3. – El trabajo gustoso.
- y 4. – Sucesión de la democracia (Jiménez, *Guerra* 791).

El mismo mes, Sara Durán responderá en un documento hasta ahora inédito: “Refiriéndome a los títulos de sus conferencias, que me anuncia en su carta, creo que el título general del ciclo ‘Vida y poesía’ es todo un acierto y está lleno de sugerencias. En cuanto a los títulos particulares de cada una, le sugiero cambiarlos a fin de alejar cualquier suspicacia respecto a posibles derivaciones hacia temas políticos”. Ante tal imperiosa “sugerencia”, responderá Juan Ramón:

Cuando yo llegue a Buenos Aires, entregaré a usted las conferencias, si lo desea, para que puedan ser censuradas en “su referencia social” por quien usted considere capacitado para hacerlo, y dentro de las circunstancias actuales de la República Argentina, entiéndase bien esto. Yo no quiero ni debo olvidar que soy o voy a ser un huésped de ustedes.

Si usted quiere, puede anunciar las conferencias así:

junio de 1936 en la inauguración del Instituto Nacional del Libro Español (Jiménez, *Guerra* 346-359). Más tarde este título pasaría a designar el conjunto de todas las lecturas y alocuciones públicas que pronunció a lo largo de su vida (Jiménez, *Política poética*).

⁵ La conferencia fue anunciada con el título “Límites del progreso”, de ahí que en los artículos aparezca con esta errata.

VIDA Y POESÍA

1. – Límite del progreso,
2. – Aristocracia de intemperie,
3. – El trabajo gustoso,
4. – Época en marcha o Hacia una ciudad mejor (Jiménez, *Guerra* 792-793).

No era gratuita ni la cautela de Sara Durán, ni la alusión que hace el poeta a “las circunstancias actuales de la República Argentina”, las cuales también tendrán una considerable repercusión en los distintos enfoques que a esta visita se dará a través de los medios de comunicación. Hemos de considerar que Juan Ramón llega a Buenos Aires en calidad de exiliado en Estados Unidos, fiel a su defensa del gobierno legítimo de España, que para él no era otro que el republicano. Justo en ese momento, el recién iniciado Plan Marshall había excluido a la España de Franco de entre sus beneficiarios y a la Argentina de Perón de entre sus principales proveedores de carne y cereales (Rapoport y Spiguel 5-28). Este boicot, originado por muy distintas razones, condenaba a ambos países a una crisis económica que literalmente se llamaba “hambre” en la España de posguerra y que dañaba muy gravemente a una Argentina que empezaba a consolidarse como la mayor potencia de Sudamérica. Esta circunstancia había propiciado que los gobiernos de Franco y Perón pactaran una alianza comercial que, ajena a desavenencias de tipo ideológico, necesitaba reflotar la crisis que padecía España y la que a marchas forzadas se avecinaba a la Argentina. Eva Perón había visitado oficialmente Madrid en 1947 y ambos países se habían hermanado, disfrazando de “parentesco cultural” lo que no era sino imperiosa conveniencia y, hasta cierto punto, desafío a la omnipotencia internacional que Estados Unidos fraguó con su plan de recuperación de Europa tras la Segunda Guerra Mundial, el cual tendría como inmediata consecuencia el principio de la llamada “Guerra Fría” (Rein 199-214).

Con estos acontecimientos de fondo, Juan Ramón llega a un país que mantenía una *entente cordiale* con el franquismo y que, al mismo tiempo, se había convertido en uno de los más importantes refugios para los exiliados republicanos. No es de extrañar, entonces, que el Centro Republicano Español bonaerense aprovechara el momento para reivindicar al poeta como uno de los mayores representantes de la España represaliada por la dictadura. De entre las numerosísimas noticias que anuncian su

llegada, destacarán los grandes titulares del diario *España Republicana* –editado por el mismo Centro–, que en su número del siete de agosto reza: “Viajero ilustre. Saludo a Juan R. Jiménez”. Al día siguiente publicará la sustanciosa entrevista⁶ que el poeta había concedido a Antonio Salgado con el título: “‘Un nido en las nubes’, pero con los pies en la tierra. Juan Ramón Jiménez fue el primer intelectual español que reclamó del mundo ayuda para su pueblo agredido”. Será este uno de los testimonios más importantes que pronunciará sobre su ideología política, su actuación durante la Guerra Civil y las circunstancias de su salida de España. En él leemos:

—Mi mujer y yo permanecemos en Madrid –nos dijo–, mientras fue necesario. Zenobia organizó una guardería infantil, con nuestro propio peculio. En cuanto a mi acción, quiero recordar que fui el primer intelectual español –sonríe al pronunciar “intelectual”– que se dirigió al mundo, desde los micrófonos de Unión Radio Madrid, pidiendo ayuda para el pueblo que resistía la sublevación armada.

—Cuando se produjo su salida de nuestra patria, ¿le protegió un cónsul peruano?

—No necesitaba protección alguna –responde el poeta–. Era amigo personal de Manuel Azaña, quien me ofreció, inclusive, una embajada en América. Yo preferí, y así se lo dije, venir libre de cargos, porque mi amor a la libertad no se hipoteca con prebendas, sino que es un sentimiento esencial. Salí sin que nadie me molestara, con un pasaporte diplomático. Lo de la protección del cónsul del Perú, Ureta, que es gran amigo mío, no es verdad, sino que, como nos encontramos en el tren, alguien pudo creer eso.

—¿Su acción al lado de la República? –inquirimos.

—Llegué a Nueva York en el momento en que se procedía a la campaña de reelección para la segunda presidencia de Roosevelt y aunque expuse mi idea de que el estallido español era el prólogo de una guerra universal, nadie me escuchó. En la Secretaría de Estado de la Unión estaban tan atareados con las elecciones, que no me quisieron oír... Y era tan sencillo todo –agrega Juan Ramón–. Con haber leído *Mi lucha*, de Hitler, hubiera bastado... [...]

⁶ A lo largo de su estancia en Argentina y Uruguay, el poeta concedió un gran número de entrevistas en las que respondió a cuestiones de toda índole. Trece de ellas, las más completas e interesantes, se recogen en el volumen titulado *Por obra del instante. Entrevistas*.

—Se ha recordado aquí oportunamente todo ello —le argüimos—. Nos interesa saber su actual posición...

—Todo cambia... Las cosas y las personas —contesta rápido—, pero hay algo que es permanente: la vocación de libertad. Jamás he sido político en el mezquino sentido de simple afiliación a partidos. Me he educado con Cossío, con Giner, con aquellos grandes hombres de la Institución Libre de Enseñanza y al espíritu de los maestros le sigo siendo fiel... Lo demás, no importa... Lo esencial es vivir con decencia entre personas honradas y en un régimen de libertad (Jiménez, *Guerra* 795-796).

Finalmente, a la pregunta: “¿Por qué no regresa a España?”, responderá: “Porque me gusta vivir en libertad” (796). En varias ocasiones insistirá en su negativa a regresar al país mientras la dictadura continuase en pie, no obstante, su adhesión a la República no se extenderá a todos aquellos que en el exilio enarbolaron su bandera. Si bien siempre fue partidario de Azaña y Julián Besteiro, no comulgará con Negrín, Largo Caballero e Indalecio Prieto, a los cuales considerará sectarios y corruptos. Rechazará el homenaje que el Centro Republicano pretendió rendirle y, aunque sí lo visitará y de ello se hará puntual eco la prensa, enviará una carta privada a Luis Jiménez de Asúa en la que deja muy claras sus opiniones al respecto. En ella escribe el 26 de octubre:

No sé a qué homenaje del Centro Republicano se refiere usted en su carta de este 25; pues yo no acepto homenajes de ninguna clase.

Yo he dicho a los amigos de dicho centro que me han invitado a visitarles que iría a estar con ellos un rato como un compatriota libre y nada más.

Si usted tiene una determinada estimación de D. Indalecio Prieto, yo tengo también la mía, fundada en hechos concretos y conocidos de muchas personas. Lamento nuestra discrepancia.

Nada tengo que decir sobre todos esos españoles que su amigo D. Indalecio está repatriando a sus expensas. Ellos sabrán lo que hacen. Yo sé en cambio que D. Indalecio no hizo nada por los españoles que quisieron salir de España huyendo de la muerte. De muchos casos podría hablarle. Uno está muy cerca de usted: otro, el de un Díez-Canedo que huyó a pie de Madrid a Lisboa y pidió a D. Indalecio no ya el importe de un pasaje, sino una ayuda para reunirlo; ayuda que no le fue

concedida a pesar de la enorme suma de que él podía disponer cuando se le antojaba: por ejemplo trescientos mil pesos a D. José Bergamín

La situación privilegiada de que mi mujer y yo disfrutamos (sueldos universitarios, conferencias, derechos de nuestros libros) la debemos a nuestro trabajo aparte de la pequeña renta que posee mi mujer que no llegaría a cubrir nuestros gastos diarios. Yo supongo que usted deberá su privilegiada situación a su trabajo (Jiménez, *Guerra* 815-816).

Así pues, a pesar de que en sus primeras entrevistas, tal como recoge *Noticias Gráficas* el mismo 4 de agosto, había afirmado: “Yo no sé hacer declaraciones, sino, apenas, escribir versos”, su visita trascendió de lo meramente literario para convertirse en una llamada de atención fundamental sobre la deplorable situación política que los españoles no adeptos al régimen sufrían tanto dentro como fuera del país. Junto a titulares como el que da *Clarín* el 3 de agosto: “Llega hoy Juan Ramón Jiménez, ‘poeta del éxodo y del llanto’”, conviven los de algunos periódicos que destacarán el magisterio del poeta vivo más reconocido del mundo hispánico: “Juan Ramón Jiménez, Señor de la Poesía, ha llegado hoy” (*Crítica*, 4 de agosto); “Llegó ayer Juan Ramón Jiménez, el más grande representante de la belleza poética” (*El Líder* de Montevideo, 5 de agosto); o *El Programa* de San Nicolás, que inicia su crónica del 13 de agosto con el escueto epígrafe: “Ha llegado al país un poeta”, confiriendo a la palabra “poeta” una excelencia que parecía encarnarse en la persona de Juan Ramón por antonomasia.

A mediados de agosto los Jiménez pasarán unos días en Uruguay, donde de nuevo Juan Ramón será recibido no sólo como un gran escritor, sino como uno de los más altos representantes del exilio español. El diario *Lealtad*, órgano del Centro Republicano en Montevideo, publicará con grandes titulares: “El Senado del Uruguay rinde homenaje a la España de la libertad en la persona del gran poeta Juan Ramón Jiménez”. En efecto, el día 17, tal como recoge el *Diario de sesiones de la Cámara de Senadores*, publicado el 25 de octubre, Juan Ramón había presenciado desde las galerías el desarrollo del pleno en el que el senador Gustavo Gallinal, “a nombre propio y en representación de los diversos sectores políticos del Senado” lo agasajó con un discurso que finalizaba con las palabras: “Saludo, pues, al poeta errante, mensajero de la poesía y mensajero de una nueva España que deseamos ver alborear, deseándole que la lámpara que veía

sobre su mesa de trabajo, nunca ociosa, vuelva a encenderse pronto en una España libre y renovada, abierta a los cuatro vientos del espíritu” (Jiménez, *Guerra* 809).

No escatimó Juan Ramón ningún pronunciamiento a favor de la libertad de pensamiento y acción en un momento en el que sus declaraciones eran sumamente relevantes para tantos exiliados españoles como había en América y muy molestas para un peronismo recién conchabado con el franquismo. Mientras tanto, Zenobia describía en sus cartas una Argentina sumamente acogedora, pero en la que se traslucían importantes conflictos de fondo: una huelga general el 22 de septiembre que los deja sin ningún servicio incluso en el Hotel Alvear, el más lujoso de la capital (Camprubí, *Epistolario I* 706); la visita del ministro español de Estado a Buenos Aires en octubre, que invadirá el mismo hotel de “policía secreta” (710) y al que se recibirá “con toda clase de horribles arcos triunfales” (Camprubí, *Epistolario III* 805); o la detención de Norah Borges, que impidió su asistencia a una comida con los Jiménez por “haber alterado el orden público gritando ‘Viva la Constitución’” (800).

A lo largo de su estancia en Argentina y Uruguay mantendrá el poeta un contacto directo con algunos escritores exiliados, como es el caso de Rafael Alberti, Teresa León, Rosa Chacel, Guillermo de Torre, Ricardo Baeza y Ramón Gómez de la Serna, además del mencionado editor Gonzalo Losada⁷. No tendrá tampoco inconveniente en mantener encuentros con José María Pemán y Pedro Laín Entralgo, de paso por Sudamérica. Ambos habían colaborado muy favorablemente para que el poeta recuperara gran parte de los archivos y la biblioteca tras el allanamiento que sufrió su piso de Madrid a principios de abril de 1939 a manos de los entonces jóvenes falangistas Félix Ros, Carlos Martínez Barbeito y Carlos Sentís (Jiménez, *Guerra* 103-126 y 613-661). Pemán y Laín formaban parte de la España con la que el poeta no podía confraternizar ideológicamente y, al mismo tiempo, de la especie humana que consideraba digna de respeto. No fue así, sin embargo, con su antiguo discípulo José Bergamín, por entonces residente en Uruguay, con el que sus diferencias no hicieron sino acrecentarse tras la Guerra Civil (887-914).

⁷ En sus archivos se conserva un recorte sin indicación de procedencia en el que muchos de ellos aparecen fotografiados junto a Juan Ramón, Zenobia y diversos escritores y artistas argentinos en un almuerzo celebrado en su honor en Avellaneda en septiembre de 1948.

Por otra parte, el gran despliegue de la prensa argentina y uruguaya provocó que su viaje también tuviera resonancia en la española, aunque, dadas las circunstancias del país, las noticias que se difundieron opacaban totalmente la realidad de sus declaraciones y difundían tan sólo aquello que convenía al régimen. De esta manera, el artículo más destacado fue el de Mario Daranas, el cual tituló su crónica para *ABC*, publicada el 19 de agosto: “No hay destierro ni hay rencor, ha dicho Juan Ramón”. Únicamente se resaltaba en ella la añoranza del poeta por su tierra –sin entrar en las razones que la habían provocado– y la importancia que estaba ganando la lengua española en las universidades estadounidenses, donde impartía cursos de literatura. En él leemos en pretendido estilo directo:

No pienso ahora volver a Europa, porque creo que se está mejor en América, pero España me llena el alma, y guardo conmigo, hasta cuando viajo, un ladrillo⁸ de mi casa solariega de Moguer. En la Universidad de Maryland, cercana a Washington, dicto un curso de poesía española a profesores graduados. Como en los Estados Unidos hay que trabajar mucho para poder vivir, y la sola producción literaria no me basta, tuve que hacerme catedrático. Existe en Norteamérica verdadera fiebre de castellano. Se vive allí un primaveral florecimiento de lo español y el número de alumnos que estudia nuestro idioma aventaja de más en más al que sigue las clases de francés.

Tengo llena el alma de mi tierra” (Jiménez, *Guerra* 799-800).

También el periódico *Arriba* publicará una falsa fotografía del poeta junto al yugo y el haz de flechas, símbolo de Falange. Con breves palabras se destacaba una vez más la importancia de la lengua española en Norteamérica (1015), sin entrar en ningún tipo de valoraciones ideológicas.

Desde las páginas de *Finisterre*, José María Valverde –agradecido por los textos que Juan Ramón había enviado de *Animal de fondo* para su inclusión en la revista–, se felicitará de la calurosa recepción que el poeta había recibido durante su estancia en Argentina y Uruguay, digna, por una vez, de lo que merecía la importancia de su obra:

⁸ Juan Ramón, en realidad, lo que llevaba era una pequeña piedra de Fuentepeña en un bolsillo.

Acostumbrados en España a la oscuridad social del poeta, sin voz ni peso en el vivir común de la multitud, asombra, con el gozo de la restitución de una primitiva manera natural, el eco del reciente viaje de Juan Ramón Jiménez a Buenos Aires y Uruguay. Carteles con letras de un metro de altura anunciando sus conferencias, multitudes que interrumpían la circulación ante el teatro en que hablaba, una reunión especial del Senado uruguayo, miles de cartas, miles de poemas, una continua apoteosis de abrazos y de flores, todo esto atestiguan los periódicos y revistas llegados de allá, luciendo sus mejores recursos tipográficos y sus más escogidos adjetivos laudatorios –no afectados, en América, por cierto, de la misma inflación depresiva que los usados en España–. La voz poética viva más importante de la lengua española, como se le ha llamado en todos estos homenajes, ha conocido, después de tantos años fuera de tierra donde se hablase castellano, la emoción de ver levantarse ante él, estremecidos por su presencia, dos pueblos enteros (819-820).

Por último, cabe destacar la breve entrevista que se hizo a Juan Guerrero, el hombre de confianza de los Jiménez en España, en la que, con la afectación habitual de la época, se hacen circunloquios para evitar mencionar la palabra “exilio” o la radical negativa del poeta a volver a un país donde imperaba la dictadura. Cuando se pregunta a Guerrero acerca del posible regreso de Juan Ramón, afirmará:

—Aquí siempre se le espera. En el Museo Romántico está ese piano de cola que ama tanto y en el que reclinado, de pie, escribió tanta maravillosa poesía. Está en la sillería isabelina, tapizada de oro viejo, rodeado del retrato de Prim y la gran araña de cristal en el salón de tertulia..., toda la riqueza romántica que nos pidió el maestro que le conserváramos...

—¿Cuándo entre nosotros Juan Ramón...?

—Verdaderamente, Juan Ramón siempre está en España. Y su ilusión es venir. De otro lado, cuesta trabajo el desarraigar de un sitio en el que se cumple una misión y en el que se le trata bien. Es una pena que sean países de fuera los que se gocen de las extraordinarias lecciones del primer lírico español y tan conocedor de la poesía española contemporánea con la que ha convivido (Jiménez, *Guerra* 798).

Conforme avanzaba agosto –salvo la breve estancia en Montevideo desde el día 12 al 18⁹– Juan Ramón desarrolla su actividad pública principalmente en Argentina, donde irá cumpliendo con el programa pactado con Sara Durán. No obstante, se verá éste notablemente alterado, pues no llegará a pronunciar algunas de las conferencias previstas, todas ellas de carácter social, como ya adelantamos, y pronto serán sustituidas por otras sobre asuntos literarios. Los recortes de prensa guardados en sus archivos permiten rastrear estas modificaciones, que más de una vez contravienen los anuncios y los carteles ya impresos.

El 9 de agosto leyó su primera conferencia, “Límite del progreso”, en el Politeama de Buenos Aires y la afluencia de público fue tal, que la noticia destacada no será precisamente el mensaje que el poeta deseaba transmitir, sino la multitud que, ansiosa por conocerlo, interrumpió el tráfico de la calle Corrientes. Esa misma conferencia debía ser pronunciada el 13 de agosto en Montevideo, pero a última hora fue sustituida por “La razón heroica”, título que no figuraba en ningún programa y el único que publicó en Argentina. Para extrañeza del auditorio uruguayo, tampoco leyó la prevista “Aristocracia inmanente”, reemplazada el día 16 por “Poesía cerrada y poesía abierta”¹⁰. Aunque “Límite del progreso” volverá a ser pronunciada el día 25 en Rosario y el 31 en Córdoba, resultan extrañas estas modificaciones. Quizás la razón haya que buscarla en la inesperada sorpresa que produjo en la alta burguesía rioplatense, de la cual Sara Durán era una preclara representante, oír disertar al autor de *Platero y yo* sobre asuntos que nada tenían que ver con poesía y suponían una dura crítica al progreso mercantilista y carente de valores éticos. Llama especialmente la atención un brevísimo artículo anónimo, publicado en *Línea* el 20 de agosto, en el que se satiriza la situación y se da buena cuenta de que Juan Ramón había desconcertado y hasta defraudado a quienes habían pagado más de doscientos pesos por oírlo. En él leemos:

Ha producido muy mala impresión (afortunadamente) la primera conferencia de Juan Ramón Jiménez. Fue a escucharlo un público de burgueses satisfechos y señoritas *snoobs*. Creyeron que se trataba de un conferencista al uso, de un Maurois

⁹ El relato de las actividades del poeta en Uruguay puede seguirse en Alegre 71-85.

¹⁰ Aunque este fue el título que Juan Ramón le dio, con frecuencia se alude a ella como: “Poesía abierta y poesía cerrada”.

cualquiera, dispuesto a halagar las ideas (i) y sentimientos (i) de un auditorio semejante. Juan Ramón salió como un toro, les dijo todo el desprecio que profesa a esas mesocracias de dosificada cultura y se retiró –muy tranquilo– en un silencio erizado de toses. Las plumas de los sombreros se agitaron indignadas. Y los bellacos se fueron diciendo: “Este viejito se portó como un chusma” (Jiménez, *Guerra* 811-812).

Juan Ramón despertaba, en efecto, gran admiración, pero no sabemos hasta qué punto sus conferencias fueron comprendidas o bien acogidas. Son todas ellas textos muy extensos, reflexivos, perfectamente trabados y demasiado complejos para ser seguidos por un público sin otra intención que conocer al autor del célebre Platero. También el 20 de agosto, Clemente Cimorra pedirá desde las páginas de *Cartel* el Premio Nobel para el poeta, pero lo hará en el mismo artículo en que sentencia: “Cuidado, no hay que juzgar a Juan Ramón Jiménez por las disertaciones de circunstancias con que obsequió al público de Buenos Aires. Ello es palique de una mente poderosa que habla como hay que hablarle a la gente” (810).

Para más complicación, no eludía el moguerño adentrarse en terrenos ciertamente “pantanosos” como lo era en ese momento que un autor de su relevancia mencionara la incómoda palabra “comunismo”, con más frecuencia de la que hubiera sido deseable en un país en el que el Partido Comunista había sido ilegalizado. Desde su primera intervención en Buenos Aires, insistirá en “sacarle el fantasmón” a la palabra “comunismo” y despojarla de sus connotaciones stalinistas. Apelará al sentido etimológico del término, al igual que definirá “político” como “hombre de la poli”. Podemos imaginar la perplejidad del auditorio rioplatense, tras oír las siguientes palabras a modo de presentación:

Quiero aclarar, desde esta primera lectura, ya que incrustaré la palabra comunismo de vez en cuando en las que voy a dar, que yo no puedo ser un comunista en el sentido en que hoy se llama comunista a Rusia, porque soy un individualista moral. Yo no soy, insisto, comunista, ni Stalin tampoco, por dos razones diferentes: Stalin es un imperiante y yo no soy ni un imperialista ni un imperable ni un imperiado. Creo que la cosa está bien clara. [...] Vamos a sacarle el fantasmón a esta palabra “comunismo” [...].

No, amigos de Buenos Aires, yo no puedo ser un propagandista, porque no me satisface ninguna forma política de las que conozco: no soy anarquista, ni stalinista, ni monárquico, ni fascista, ni republicano, ni nazista, ni socialista, ni franquista; soy un político, quiero decir un hombre de la poli, la ciudad, y un escritor libre; y creo que en todos los sistemas políticos hay bueno y malo, aprovechable y desechable. Yo soy cristiano, y confucista, y platónico, y budista, y lucreciano, y espinosista, y tolstoiano y gandhista. Y soy yoísta. Como ustedes comprenderán, es demasiado bueno y demasiado distante mi credo; estoy demasiado ajeno por desgracia para mí, para ser peligroso en ninguna parte (Jiménez, *Guerra* 801-802).

Algo parecido sucedió en Montevideo, a pesar de que “Límite del progreso” no llegaría a pronunciarse. Carlos Ramela afirmará en su artículo “Las conferencias de Juan R. Jiménez”, publicado en *Marcha* el mismo 20 de agosto:

Ante un numeroso público laxo y heterogénico en el que se co-deaban la expectativa y la frivolidad, y en el que plumas y faldas *dernier cri* decoraban alguna vaga reminiscencia plateresca, pero al cual (sobre todo en la sinceridad de las localidades altas) cabe discernirle el reconocimiento de que incluía, en pálida emulsión, ciertos lúcidos espíritus desvelados, Juan Ramón Jiménez leyó sus dos anunciadas y únicas conferencias. [...]

La primera disertación, sobre *La razón heroica*, soportó el déficit intrínseco de no presentarnos al poeta hablando de poesía [...]. Este desencuentro con la imagen esperada perjudicó visiblemente el efecto, aunque desde luego, el testimonio límpido y honrado de alguien tan altamente favorecido en el espíritu y en la inteligencia, sobre la crisis del hombre y del mundo, tendrá siempre un señaladísimo favor ante el diario desvariar de tantos ineptos o inescrupulosos profesionales de las teorías o la política. [...] El poeta penetró en la segunda disertación, más literaria, más comprometida, de la mano del ángel y del duende [...]. Cabe asignar en primer lugar a esta segunda disertación, el mérito, ausente en la primera, de la presencia efectiva del poeta, de su mágico despliegue. [...] En fin, más allá de reparos más o menos certeros y de elogios más o menos fervientes, Juan Ramón Jiménez estuvo en presencia poética ante el expectante público montevideano, le habló de poesía, le trajo su genio y su ingenio, su gracia, su ángel y su duende (Ramela 14).

Estos artículos denotan una clara polarización del público asistente, a decir de Ramela: el “frívolo”, compuesto por las clases pudientes, acomodadas en platea, que consideraron su asistencia un “acto social” obligado; y el “expectante”, representado por jóvenes poetas e intelectuales que hubieron de seguir las alocuciones modestamente desde “las localidades altas”, como es costumbre en el auditorio de una función teatral u operística. Parece que, tanto unos como otros, hubieran preferido que Juan Ramón hubiera hablado más de poesía y, sobre todo, más de sí mismo.

No obstante, cabe distinguir la recepción que estas conferencias tuvieron en la prensa argentina de la que se produjo en la prensa uruguaya. Aunque en la primera se publicaron gran cantidad de artículos, adolecen la mayoría de cierta superficialidad que resume y repite una y otra vez datos muy similares o desvía sus valoraciones de la temática de las conferencias, mientras que en Uruguay, aunque su intervención fue menor, la atención al mensaje que deseaba transmitir fue más intensa. El caso más destacable lo constituye el análisis que Emir Rodríguez Monegal hará de sus intervenciones en el mismo número de *Marca* en el que se había publicado la crónica de Carlos Ramela. Será el entonces joven ensayista el que apunte el sentido primordial y el objetivo exacto que el poeta perseguía al no circunscribir sus intervenciones públicas a temas exclusivamente literarios. Escribirá con palabras que vale la pena recordar:

Muchos de los devotos lectores de *Platero y yo* o de *Eternidades* o de *Sonetos espirituales* o de la *Segunda antología poética* [sic] no reconocieron al poeta Juan Ramón Jiménez en el grave señor de negro que con voz fresca y segura leyó una conferencia sobre *Razón heroica* el viernes 13 de agosto en el Teatro Solís. No esperaban que el poeta tocara problemas no exclusivamente poéticos: democracia, fraternidad, imperialismo económico, colectivismo. [...]

Estos espectadores olvidaban (o quizá ignoraban) que desde hace doce años –desde julio [sic] de 1936– J.R.J. perdió su casa en Madrid, vio robada y destruida toda su obra inédita (su cosecha de poemas en maduración), fue a parar, después de algunas etapas en Washington, donde vivió los largos años de la segunda guerra mundial. Aislado brutalmente de su mundo poético del 36, obligado a empezar de nuevo, echado sobre un escenario de importancia universal, J.R.J. pudo auscultar –día a día– uno de los pulsos del mundo.

No podía (no quería) no hacerlo. Su panorama se ensanchó profundamente; las cuestiones político-sociales ocuparon el primer plano. No abandonó la poesía, es claro, ni se puso a elaborar arte social. [...] Desde 1936, J.R.J. no ha cesado de comunicar esta visión particular, esta iluminación.

Por todo esto, no fue reconocido por algunos el grave hombre de negro que alzó su voz en el Teatro Solís el 13 de agosto. Porque era el poeta de estos tiempos agónicos y urgentes, un actor de nuestra época, el testigo lúcido de nuestro mundo, no el romántico (o modernista) de *Arias tristes* o el melancólico compañero del tierno Platerillo. Era el mismo hombre que horas antes, en reunión de periodistas –y de esto quedó borrosa o tergiversada constancia en nuestra prensa– contestó con directa franqueza a sus interlocutores; el mismo que declaró su amistad con Henry Wallace (hombre de la talla de Jefferson o Lincoln, dijo, y con quien leían los místicos españoles); que manifestó su simpatía por el colectivismo económico –que iguala a los hombres y asegura su existencia material– siempre que este colectivismo no anule la libertad espiritual de cada individuo; que apoyó calurosamente la federación de pequeñas naciones; un hombre antiimperialista sin ser comunista; un hombre libre pero con ideas y convicciones y la necesaria franqueza para decirlas. [...]

Y si su mensaje final fue de pura idealidad –“nuestro deber de hombres en camino hacia nosotros mismos, nuestro destino superior es ayudar a la formación de una conciencia colectiva...”– nadie que conozca sus declaraciones a la prensa podrá creer que ese idealismo se sustenta en puro vacío, en vanas lucubraciones. Verá, en cambio, que es el producto final de un lúcido y personal examen de nuestro mundo (Rodríguez Monreal 14-15).

A pesar de reconocimientos como éste, el poeta no llegará a pronunciar las conferencias anunciadas con los títulos “Aristocracia de intemperie”, también llamada “Aristocracia inmanente”, ni “Época en marcha o Hacia una ciudad mejor”. Además de en Montevideo, serán sustituidas de nuevo por “La razón heroica”, que pronuncia el 28 de agosto en Paraná y el 3 de septiembre en Buenos Aires; y por “Poesía cerrada y poesía abierta”, el 20 de agosto en Buenos Aires y el 26 en Santa Fe. Sí mantendrá la más popular de sus lecturas, “El trabajo gustoso”, que leerá el 21 de agosto en Buenos Aires y el 8 de septiembre en La Plata.

Juan Ramón irá cediendo en sus propósitos iniciales y finalmente su actividad pública tan solo versará sobre asuntos literarios. En contra de su costumbre, el 27 de septiembre ofrecerá

en la Sociedad Argentina de Escritores de Buenos Aires una lectura pública del poemario *Animal de fondo*, compuesto durante su viaje¹¹, y terminará sus alocuciones disertando sobre “El siglo modernista” el 23 de octubre en el Colegio Libre de Estudios Superiores de la misma ciudad.

Tras la conferencia que ofreció en La Plata el 8 de septiembre, su compromiso con Sara Durán concluirá y, a partir de entonces, la repercusión mediática de sus actividades será sensiblemente menor. Tan solo dos acontecimientos se verán reflejados en ella de manera puntual: su promoción de los jóvenes poetas argentinos y su defensa del polémico Henry A. Wallace, que ese año se postulaba para presidente de Estados Unidos.

Durante los tres meses que Juan Ramón pasó en el Río de la Plata había recibido, además de numerosísimas visitas y llamadas telefónicas, una cantidad ingente de poemas –alrededor de cinco mil– compuestos por jóvenes desconocidos que solicitaban su opinión. El interés por alentar y promocionar a los poetas noveles fue una constante a lo largo de su vida y Argentina y Uruguay no serán una excepción. Decidido a publicar una antología de treinta autores, dio a conocer sus ideas al respecto en una charla que formaría parte del prólogo con el título “Recuerdo a la poesía escondida”¹². El acto tuvo lugar el 25 de octubre en la S.A.D.E., donde también homenajeó a Macedonio Fernández y anunció la concesión de un premio entre los elegidos, cuyo jurado estaría compuesto por Rafael Alberti, Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Eduardo González Lanuza y Ricardo Molinari. De la noticia se hicieron brevísimo eco *La Nación*, *La Razón*, *Clarín* y *Noticias Gráficas*, entre otras publicaciones de menor difusión. No obstante, quizás el artículo que más llama la atención fue el del estafalario escritor Omar Viñole, que el 28 de octubre publicará en *La Época* una feroz crítica con el elocuente y despectivo título: “El olor a

¹¹ *Animal de fondo*, por entonces inédito, se publicó en julio de 1949 en la editorial argentina Pleamar con una versión en francés de Lysandro Galtier.

¹² El libro no llegó a publicarse. No obstante, en sus archivos se conservan los textos que iban a formar parte de él en las carpetas: “Recuerdo a la poesía escondida”; “122. Poemas y cartas relativas a esos poemas, enviadas a J. R. por poetas argentinos” y “126. Sin clasificar. Trabajos de Argentina enviados a J. R.”.

morgue de Juan Ramón Giménez [sic]”. En ella, de nuevo hará una lectura política de la actividad del poeta y lo presentará como un hipócrita acomodaticio al servicio de los “neoburgueses locales”, tan poco afines al peronismo. Despreciará su criterio tanto literario como ideológico, así como el de sus secuaces, y, además, difundirá tales calumnias sobre su persona y con tan insultante tono, que sus compañeros de redacción decidieron enviar al poeta un telegrama de disculpa en el que aclaraban su disensión con cuanto había escrito Viñole (Jiménez, *Guerra* 816). En el polémico artículo se leía, entre otras abominaciones:

Pero he aquí, que algunos escritores aldeanos de la Argentina, resuelven invitar a dar un paseo a Buenos Aires, antes de ser repatriado por las larvas, a Juan Ramón Jiménez, teósofo, que yacía sobre el ataúd del *Platero y yo*; libro extraído de la honda sabiduría de los asnos. Y ya lo tenemos al poeta español y antifalangista rabioso, con sus maletas en pleno obelisco, sirviendo de víbora neumática a un grupito de neoburgueses locales, que lo usan para chocar al secretario de la Comisión Nacional de Cultura, y la obra popular de la revolución [...].

Cuando se duerme en el féretro de la gloria literaria, como yacía Juan Ramón, dedicándose a los negocios periodísticos antihispanos en América del Norte, porque ya sabemos que su señora heredó un diario de su difunto hermano, *La Prensa* de Nueva York, que le hace leve los garbanzos a este albacea ocasional; es un crimen desenterrar y profanar la tumba, y al posesionario del arpa, para pasearlo con su asma, en estas ceremonias de dar “brevet” a algunas criaturas sospechadas o empapeladas con composiciones poéticas, de buena o mala ley... [...]

Pisotear así, de rompe y raja, por dictamen de este bigamo del parnaso, la angelicalidad de los mil poetas que tiene la Patria, es masacrar impunemente un pájaro a la vista y paciencia de Olivero Gironde [sic], especie de bastonero sin mentón, que ha hecho de bayeta amarilla para que se filtre a los versistas púberes, entregando en consignación esa barba ya en edad del agua carmelita, como garantía y trofeo de la seriedad infalible. Autentican la marca de fábrica, Rafael Alberti, también extranjero; Jorge Luis Borges, arrendado por poco sueldo en nuestro municipio; Eduardo González Lanuza –libre de mejoras–, y el palúdico Ricardo Molinari, sargentos de la lírica sudamericana, exonerados del espíritu público, porque tienen de dominó ese disfraz que se ponen las

anguilas para no quedar en ninguna mano, ni siquiera en la de la belleza. [...] El autor de *Platero y yo* quiso quedar bien con diez personas, y lo ha logrado, aunque para ello haya ofendido a una generación de escritores cultos, que están en formación (Jiménez, *Guerra* 816-819).

Como vemos, entre otras cuestiones, aprovechó Viñole la mala relación del gobierno de Perón con Estados Unidos y su acercamiento al de Franco para acusar al poeta de “antihipanismo”, sin otro argumento que la falsa atribución a Zenobia Camprubí del patrimonio del diario neoyorquino *La Prensa*. Tal periódico fue propiedad de su hermano José Camprubí, el cual lo dirigió hasta su muerte en 1942, año en el que lo heredaron sus hijas. Una de ellas, Inés, mantuvo su gestión hasta 1958, pero ni Juan Ramón ni Zenobia intervinieron jamás en su signo ideológico, ni se beneficiaron de su administración económica.

Cabe puntualizar, por otra parte, que el poeta también aprovechó la ocasión que le brindaba la promoción de los jóvenes poetas locales para exponer su repulsa a la llamada “poesía social”, entendida esta como vehículo de ideologías partidistas. En su mencionada alocución “Recuerdo a la poesía escondida” definió su concepto de “poeta revolucionario” y tuvo un recuerdo para Federico García Lorca, Miguel de Unamuno, Antonio Machado y Miguel Hernández, fallecidos los cuatro en las más tristes circunstancias a causa de la contienda y su posterior represión. Dirá:

He recibido poca poesía de la llamada social, por fortuna; y la recibida vale poco como poesía y como política. Anteayer hablamos algo de este aspecto del escritor social, supuesto poeta social, en la discusión del Colegio Libre de Estudios Superiores. Quiero insistir hoy aquí, ocasión propicia, sobre este punto tan importante.

¿Qué es un poeta revolucionario? Para un poeta es el que remueve la poesía. Para un tendencioso, el poeta que hace política. Todo poeta es un removedor social; pero no todo revolucionario social es un poeta. No es un poeta cualquier declamador espectacular más o menos demagógico que se aúlla, se increpa, se desgañita en un acto de león de circo ecuestre. No, un poeta no es un petardista, ni un petrolero. Es un hombre que ama la belleza y por lo tanto la justicia y que está dispuesto a aguantar con su razón heroica, razón

cultivada con el cultivo de todo lo superior que la belleza y la justicia suponen en lo físico y en lo moral, con su revolución permanente de pensamiento y sentimiento, todas las imposiciones de la tiranía, desde la cárcel a la muerte.

Con esto se habló de Federico García Lorca y de Antonio Machado como poetas revolucionarios. Insisto también en que la poesía y la política son cosas distintas que pueden darse en cualquier hombre simultáneamente. Un poeta puede escribir poesía auténtica y además prosa lójica social calificando lo político. Esto es lo que yo en mi nivel propio hago. (Jiménez, *Guerra* 813).

La última de las polémicas que se dirimirán en la prensa tendrá lugar a finales de noviembre, cuando el poeta ya había abandonado Argentina. Se publicó entonces el número correspondiente a octubre de la revista *Sur*, el cual se iniciaba con el magnífico poema de *Animal de fondo*: “La transparencia, dios, la transparencia”. No obstante, se vio éste eclipsado por una breve carta abierta a Victoria Ocampo, directora de la publicación –incluida en el mismo número–, en la que Juan Ramón de nuevo desvió su opinión hacia temas de índole política. En el número de agosto se había publicado un resumen sin firma sobre el análisis que James Burnham había realizado en *Partisan Review* en junio de 1948 sobre el libro de Henry A. Wallace *Toward a World Peace*. En él se vinculaba al Partido Progresista, fundado por Wallace –vicepresidente de los Estados Unidos durante el gobierno de Roosevelt (1941-1945)– directamente con el Partido Comunista, con el Kremlin y con el propio Stalin, al punto de terminar con las palabras: “Un voto para Wallace es un voto para Stalin” (106). Wallace fue candidato a las elecciones presidenciales de 1948 con un programa liberal de izquierdas, abiertamente pacifista, promotor de un entendimiento con la Rusia de Stalin, que fraguara pactos destinados a evitar la posible Tercera Guerra Mundial que auguraba el inicio de la Guerra Fría. Otros puntos de su programa como la abolición de la segregación racial, la retirada del Plan Marshall y el fin del velado apoyo a las dictaduras sudamericanas, que garantizaban la hegemonía global de los Estados Unidos, fueron contrarrestados difundiendo una pretendida filiación de su partido con el comunismo stalinista,

que finalmente provocó el triunfo de Truman y la posterior “caza de brujas” del macarthismo.

A la vinculación de Wallace con el stalinismo también contribuyó el apoyo que este se granjeó en toda Sudamérica –tras el viaje que había realizado por varios países en 1943– entre amplios sectores intelectuales simpatizantes del comunismo en un momento en el que este concepto significaba en gran medida “antifascismo”, cuando no “antinazismo” (Petra, párr. 13-15). Casualmente, Wallace, que hablaba fluidamente español, había entablado una curiosa amistad con Juan Ramón Jiménez, del cual era vecino en Washington. Cuando Wallace fue desplazado por Truman del gobierno a causa de sus desavenencias en lo que concernía a las relaciones con la Unión Soviética, el poeta le expresó su apoyo en su artículo “Wallace, el mejor”, el cual intentó publicar sin éxito en Estados Unidos y que, finalmente, apareció en *El Español* en 1945. En él reivindicaba su labor ejemplar como la del político perfecto con amplia formación intelectual, de honda sensibilidad y firmes convicciones éticas, que el poeta tantas veces había defendido en sus conferencias. Tras el mencionado artículo, publicado en *Sur* en 1948, de nuevo consideró que debía pronunciarse públicamente en su favor y defender su candidatura como futuro presidente de los Estados Unidos. Escribirá:

Wallace abogó siempre y sigue abogando por un entendimiento de los Estados Unidos con Rusia, antes de una guerra que, según cree él y muchos que, como yo creen lo mismo que él, vendrá inevitablemente sin ese entendimiento; porque después de esa guerra inminente quedarían ya pocos hombres en el mundo para entenderse.

Wallace no piensa, ni yo tampoco, que el stalinismo sea un ejemplo que deben seguir los Estados Unidos ni el mundo en jeneral; pero sí piensa, y yo también, que el progreso social sucesivo del mundo anda más cerca de muchos de los sentidos del comunismo que de los de cualquier otra ideología actual [...].

Es cierto que Wallace tiene, para su propaganda, el apoyo de elementos con los que él no está de acuerdo en todo y que no piensan tampoco del todo como él; pero eso no debe tomarse más que como un fenómeno de propaganda electoral. [...] La calumnia contra Wallace ha sido, es y será constante porque en la conciencia de muchos está que Henry A. Wallace será el

presidente destinado de los Estados Unidos en las elecciones siguientes a estas de ahora.

Que es lo que yo deseo por los Estados Unidos, por España, por Hispanoamérica y por el resto del mundo (Jiménez, *Guerra* 708).

Para mayor contundencia, esta carta se publicó junto a un artículo de la activista María Rosa Oliver, bien conocida en Argentina por sus lazos con el comunismo, y también simpatizante de Wallace, con el cual mantenía una buena amistad. En él se defendía punto por punto su programa político, y se ponían de manifiesto las asechanzas a las que este estaba expuesto por las calumnias de sus oponentes a la presidencia norteamericana (Oliver 84-87).

Las reacciones en la prensa española no se hicieron esperar. De hecho, ya en 1945 su defensa de Wallace le había valido al poeta un crítico artículo de Gaspar Gómez de la Serna en el que prácticamente le daba la extremaunción con el título “Responso a Juan Ramón Jiménez”, y con inequívocas palabras de desprecio a quien osaba mezclar la lírica con la política. En él se leía: “Responso y a otra cosa, sobre los restos literarios de un hombre que se ha quedado ‘a la penúltima’, que vive, ombiguista y romántico, preso de la ‘hinchazón del yo’, produciendo aún desvaríos a lo Francisco Giner y compañía” (Jiménez, *Guerra* 706-707).

En 1948 será José M. Sánchez Silva, con el seudónimo *Juan Clarín* y el título “El sol por Antequera. Cosas de Juanji”, el que vilipendie su defensa de Wallace con descalificaciones personales en las que el firmante sale peor parado que el “comunista gringo” que denuncia en el poeta que opina sobre asuntos políticos:

Nuestro poeta –digamos así, pronto, para evitar la tentación de decir nuestra Natacha– ha estado recientemente en la capital de la Argentina [...]. Entre sus artículos, éste de *Sur* contiene, amén de una profesión de ideología comunista, una profecía sobre el futuro de los Estados Unidos. Inútil, a este respecto, recordar a nuestros lectores la validez de las opiniones de un caballero que está convencido de que llevar barba es seguir un capricho de la moda.

Juan Ramón Jiménez es muy amigo de Henry A. Wallace. Parece ser que en algún lugar de América del Norte coincidieron ambos en olor de vecindad y que alguna pícara

raíz de limonero o jazminero, tirando, ¡cómo no!, a malva, reunió subrepticia y subterráneamente estos dos corazones, estas dos mentalidades en realidad creadas la una para la otra como está creada la cebada para el secano. [...]

“Henry A. Wallace –dice Juanji– será el Presidente destinado de los Estados Unidos en las elecciones siguientes a éstas de ahora. Que es lo que yo deseo por los Estados Unidos, por España y por Hispanoamérica y por el resto del mundo”. [...] Comunista y “gringo” nuestro Juanji se baja todavía de su nube de cuando en cuando para coger una margarita y sembrar un repollo. ¡Lástima que mientras el gran Juan Ramón yace bajo la fina yerba de un cortijo de Moguer, este burro de Platero suelte coces por el mundo! (Jiménez, *Guerra* 709-710).

Como supo ver Rodríguez Monegal, la Guerra Civil y su enlace con la Segunda Guerra Mundial provocaron que “su panorama” se ensanchara “profundamente”, de manera que “las cuestiones político-sociales ocuparon el primer plano”. “No abandonó la poesía, es claro, ni se puso a elaborar arte social”, pero sí quiso, como hombre e intelectual de su tiempo, actuar desde las posibilidades que ofrecía su naturaleza humana abocada a la lírica y a la difusión de una espiritualidad asequible a través del arte, tan necesaria en los difíciles tiempos que le tocó vivir. Su estancia en Argentina y Uruguay fue el momento propicio para expresar estas ideas, aunque no siempre su posición será comprendida ni bien acogida. Desde Maryland, cuando aún pensaba que pronto regresaría a una tierra que no volvió a pisar, hará recuento de este viaje que supuso para él una renovación vital y estética a la altura de la que se había producido tras su viaje a Estados Unidos en 1916. En el artículo “Sobre mis lecturas en Argentina”, publicado en *La Nación* el 13 de marzo de 1949, escribirá a modo de despedida:

En mis seis lecturas de 1948 en la República Argentina, intenté hablar del espíritu: en poesía abierta; en progreso mejor; en sucesión social; en trabajo gustoso; en razón heroica; en conciencia de dios bello. Por eso les llamé lecturas sobre poesía y vida.

Yo creo en el espíritu humano, en mi espíritu (no me avergüenza decirlo a los jactanciosos de la carne sola), puesto que

creo en mi imaginación, en mi instinto, en mi inteligencia, en mi fantasía, en mi emoción poética, tan necesaria esta emoción para mí en mi vida, incompleta sin ella, porque para ella me ha sido dada; y considero el espíritu como inteligencia sensitiva [...].

Si cada vez se desarrolla más o mejor el cuerpo, ¿por qué no se ha de desarrollar mejor y más cada vez el espíritu? El espíritu no es todo el espíritu desde el primer instante. Y si se inventan tantas cosas científicas útiles para la vida práctica, ¿por qué la poesía no se ha de considerar invento sucesivo para la vida íntima? [...]

La mayor parte de las doctrinas políticas modernas han fracasado y seguirán fracasando por el desvío de lo espiritual [...].

Aquí dejo, por hoy, esta cuestión. Y ya reposados todos los que me oyeron en esa extraordinaria República Argentina, me gustaría mucho saber que ninguno se haya quedado ofendido conmigo por mis dichos ni por mis hechos (Jiménez, *Guerra* 826-827).

Bibliografía

Aguirre, Ángel Manuel. “Viaje de Juan Ramón Jiménez a la Argentina”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 231, 1969, pp. 655-673.

Alegre Heitzmann, Alfonso. “Una voz de océano o árbol señorial”, Juan Ramón Jiménez, 1948. Un viaje al Uruguay”. *Revista de la Academia Nacional de Letras*, año 16, n.º 19, 2023, pp. 71-85.

“Calendario. Wallace y Burnham”. *Sur*, año XVI, n.º 166, 1948, pp. 105-106.

Camprubí, Zenobia. *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero. (1917-1956)*, ed. de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez. Madrid, Residencia de Estudiantes, 2006.

Camprubí, Zenobia. *Epistolario III. (1936-1951)*, ed. de Emilia Cortés Ibáñez. Madrid, Residencia de Estudiantes, 2022.

González Ródenas, Soledad. “Prólogo” en Juan Ramón Jiménez, *Segunda antología poética (1898-1918)*. Barcelona, Espasa-Austral, 2017, pp. 7-73.

Gómez de la Serna, Gaspar. “Responso a Juan Ramón Jiménez”. *Informaciones*, Madrid, 7 de febrero de 1945.

Jiménez, Juan Ramón. “Wallace, el mejor”. *El Español*, año IV, n.º 119, 1945, p. 4.

Jiménez, Juan Ramón. “Carta abierta a Victoria Ocampo”. *Sur*, año XVI, n.º 168, 1948, pp. 83-84.

Jiménez, Juan Ramón. “La razón heroica”. *Realidad*, año II, n.º 4, 1948, pp. 129-149.

Jiménez, Juan Ramón. *Política poética*, ed. de Germán Bleiberg. Madrid, Alianza Tres, 1982.

Jiménez, Juan Ramón. *Por obra del instante. Entrevistas*, ed. de Soledad González Ródenas. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2013.

Jiménez, Juan Ramón. *Guerra en España. Prosa y verso (1936-1954)*, ed. de Ángel Crespo y Soledad González Ródenas. Sevilla, Athenaica, 2024.

Morán, Carmen. *Juan Ramón Jiménez y la poesía argentina y uruguaya en el año 48. (Historia de una antología nunca publicada)*. Madrid, Visor, 2014.

Oliver, María Rosa. “Rectificación a un comentario de *Sur*”. *Sur*, año XVI, n.º 168, 1948, pp. 84-87.

Petra, Adriana. “María Rosa Oliver, el comunismo y la cultura argentina”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Colloques*, 08 octubre 2020, consultado el 6 de mayo de 2024. URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/82126>.

Ramela, Carlos. “Las conferencias de Juan R. Jiménez”. *Marcha*, año X, n.º 442, 1948, p. 14.

Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio. “La Argentina y el Plan Marshall: promesas y realidades”. *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 52, n.º 1, enero-junio 2009, pp. 5-28.

Rein, Raanan. “Un salvavidas para Franco: la ayuda económica argentina a la España franquista (1946-1949)”. *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, n.º VIII, 1993, pp. 199-214.

Rodríguez Monegal, Emir. “Imagen sucesiva de Juan Ramón Jiménez”. *Marcha*, año X, n.º 442, 1948, pp. 14-15.

Valverde, José María, “El viaje de Juan Ramón Jiménez”. *Finisterre*, tomo III.3, n.º 85, 1948, pp. 262-264.